



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

15.- Jesús calma la tempestad



unánimes

Estudios Bíblicos

N.15.- Jesús calma la tempestad

1. El texto

Marcos 4:35-41

Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo:

—Pasemos al otro lado.

Una vez despedida la multitud, se lo llevaron tal como estaba en la barca. También había otras barcas. Pero se levantó una gran tempestad de viento que echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. Él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal. Lo despertaron y le dijeron:

—¡Maestro!, ¿no tienes cuidado que perecemos?

Él, levantándose, reprendió al viento y dijo al mar:

—¡Calla, enmudece!

Entonces cesó el viento y sobrevino una gran calma. Y les dijo:

—¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?

Entonces sintieron un gran temor, y se decían el uno al otro:

—¿Quién es este, que aun el viento y el mar lo obedecen?

2. Introducción

Este milagro de Jesús está detallado en los evangelios de Mateo, Lucas y Marcos. Vamos a usar el texto de Marcos como referencia y recurriremos a los otros textos cuando sea necesario.

Al combinar los tres relatos obtenemos un detalle de lo que escriben en común los evangelistas y lo que solamente se encuentra en Marcos. Estas diferencias de lo que no se encuentra en Mateo ni en Lucas, confirman la teoría de que Marcos oyó el relato de un testigo ocular, a saber, de Pedro.

Si nos limitamos al relato de Marcos, tenemos el tema principal, una tempestad calmada, y seis párrafos, a saber:

- a. Embarcarse al atardecer
- b. Una furiosa tempestad
- c. Un clamor frenético
- d. Un milagro asombroso
- e. Un reproche cariñoso
- f. Un profundo efecto

3. Embarcarse al atardecer

Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo:

—Pasemos al otro lado.

Una vez despedida la multitud, se lo llevaron tal como estaba en la barca. También había otras barcas.

Había sido un día muy ocupado para Jesús. Desde un bote alejado de la playa, había estado hablando en parábolas a las multitudes. Después en casa (o en una casa) había impartido enseñanza privada a sus discípulos. No es de sorprenderse que al atardecer estuviese cansado y agotado.

De modo que vuelve a la playa, y dice a sus discípulos, “Pasemos al otro lado”. Quería cruzar desde el agitado lado occidental (de Capernaum), al lado oriental o “país de los gadarenos”. Puesto que no sólo era totalmente divino sino también totalmente humano, necesitaba descanso. Debía alejarse de toda aquella gente: no solamente atestaban la playa; ¡le rodeaban incluso con otros botes!

Marcos afirma que los discípulos se llevaron a Jesús (con ellos) en la barca. Él tomó la iniciativa dando la orden, “Crucemos al otro lado ...”. Pero los discípulos eran los marinos, los navegantes. De modo que tomaron a Jesús “tal como estaba”, cansado, agotado, necesitado de descanso y sueño.

4. Una furiosa tempestad

Pero se levantó una gran tempestad de viento que echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. Él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal.

En el original, Marcos y Lucas explican este disturbio atmosférico hablando de un “lailaps”, esto es, un torbellino o una tormenta que desata furiosas ráfagas, una temible borrasca. Mateo lo llama “una gran sacudida” o “maremoto”. Debió ser un fenómeno violento, una rugiente tempestad. Repentinamente este “lailaps” se precipitó sobre el lago.

El mar de Galilea está situado al norte del valle del Jordán. Tiene unos veinte kilómetros de longitud por unos doce kilómetros de ancho. Queda a más o menos 210 metros bajo el nivel del Mediterráneo. Su lecho es una depresión rodeada de colinas, especialmente en el lado este con sus escarpados acantilados. Es fácil de entender que cuando las frías corrientes de aire se precipitan desde el monte Hermón (3,000 metros), o de otras regiones, por entre las empinadas colinas y chocan con el aire caliente de la cuenca del lago, la acometida es sumamente impetuosa. Los fuertes vientos azotan el mar con furia, levantando grandes olas que embisten contra cualquier barco que se encuentre en sus aguas. En este caso,

la pequeña barca de pescadores, acosada por las elevadas ondas, se estaba anegando y era juguete de los enfurecidos elementos.

Vientos rugientes, olas furiosas.... “Pero él (Jesús) estaba en la popa, sobre el cabezal, durmiendo”. Así dice el original, colocando la palabra “durmiendo” al final de la oración, creando así un efecto dramático, un contraste muy llamativo. La forma verbal “(estaba) ... durmiendo” describe a Jesús durmiendo tranquilamente. Lucas da la impresión de que Jesús se puso a dormir tan pronto como (o casi tan pronto como) la barca abandonó la playa. Muy pronto se hallaba profundamente dormido, mostrando que debía estar cansadísimo y dando a entender también que su confianza en el Padre celestial—su propio Padre—nunca fallaba. Ni el rugir de los vientos, ni el embate y fragor de las olas, ni aun el girar y descender de la barca, que rápidamente se anegaba, fueron capaces de despertarle.

No debemos imaginarnos que aquel dormir era como si la cabeza de Jesús estuviese apoyada precisamente en una almohada muy suave. Obsérvese: “sobre el cabezal”, no “sobre un cabezal”. Tal vez había un “cojín” perteneciente a la barca, el único a bordo. O también pudo haber sido un reposacabezas de cuero; tal vez incluso de madera (una parte del bote), en cuyo caso “cabezal” sería mejor traducción que “cojín”. Conforme a su etimología, la palabra usada en el original sólo significa realmente que era algo “para la cabeza”, para su descanso; por tanto, un cabezal.

5. Un frenético clamor

Lo despertaron y le dijeron:

—*¡Maestro!, ¿no tienes cuidado que perecemos?*

Aunque los relatos de los Evangelios mantienen una unidad básica, las exclamaciones de los despavoridos discípulos son presentadas de diferentes maneras. Mateo dice, “Y vinieron sus discípulos y le despertaron, diciendo, ‘¡Señor, sálva (nos), que perecemos!’ ”; Lucas, “¡Maestro, Maestro, que perecemos!”; Marcos, “Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?”. Es razonable suponer que en una situación de tan terrible desesperación, los discípulos gritarían unos una cosa y otros otra.

Es difícil atribuir cualquier otro significado a la exclamación, “Maestro, no tienes cuidado que perecemos” excepto el de ser una crítica adversa a Jesús, como si todo lo que pudiese suceder a sus discípulos no le importara. Honestamente, tan punzante observación no puede ni siquiera llamarse con justicia un reproche “suave”. No había nada suave en esto. Significaba, “¿Tan poco valor tenemos para ti? Con la muerte mirándonos de frente, ¿cómo puedes dormir? ¿No te importa que nos trague este mar embravecido?”.

No obstante, antes de juzgar a estos hombres tan duramente, debemos tener presente los siguientes hechos:

- a. Estaban totalmente atemorizados: en semejante situación aun las personas que normalmente son leales y valerosas dicen a veces cosas que después lamentan; y
- b. su amargura no se halla exenta de cierto grado de confianza. Si esto no fuese verdad, ellos—algunos eran marineros de oficio—no se habrían dirigido a un “carpintero” para que les socorriera. Sin duda que su fe distaba mucho de ser perfecta, pero aun la “poca fe” es fe, y tiene esperanza de purificarse y crecer.

Según Mateo, la llamada angustiada de los discípulos despertó a Jesús, quien les dijo, “¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?” Él no estaba asustado. Al contrario, se hallaba en pleno control de la tempestad, aun cuando los vientos aún rugían y las aguas hervían.

6. Un asombroso milagro

Él, levantándose, reprendió al viento y dijo al mar:

—¡Calla, enmudece!

Entonces cesó el viento y sobrevino una gran calma.

Según Mateo, Jesús se levantó y “reprendió a los vientos y al mar”. Según Lucas “reprendió al viento y a la furia de las aguas”. Y conforme a Marcos, “reprendió al viento”, y dijo al mar que se callara. El verbo “reprendió” es el mismo en los tres casos. Hay quienes sostienen que este verbo sugiere un objeto animado. Dicen que esta inferencia se ve reforzada por Marcos, que se traduce entonces, “¡Calla! ¡enmudece!” Pero, comenzando por esto último, hay que decir que una palabra no siempre retiene su connotación básica o primaria. “¡Calla! ¡sosiégate!” es la mejor traducción de Marcos. En cuanto a la expresión, “reprendió”, debe tenerse presente que Marcos no dice, “Jesús reprendió al demonio”, o a “los demonios”, o a “los espíritus malos que estaban en el viento”. Sencillamente dice, “reprendió al viento”. Parecería, entonces, que se trata simplemente de una forma figurativa y poética de hablar. Así ocurre también en Lucas, donde se nos dice que Jesús “reprendió” la fiebre que afligía a la suegra de Pedro. Lo importante de la expresión “reprendió al viento” (y sus paralelos en los otros Evangelios) es que Jesús hace valer su autoridad sobre los elementos de la naturaleza, de modo que hubo una profunda (literalmente “gran”) calma.

Marcos contiene un paralelismo progresivo muy impresionante. Jesús les habla separadamente al viento y al mar. Al viento lo reprende; al mar le dice, “¡Calla! ¡Enmudece! El resultado se indica también separadamente; el viento se calmó y el mar enmudeció.

Lo que llama especialmente la atención es que no sólo se calmó el viento de inmediato, sino que lo mismo hacen las aguas. Es bien sabido que, por lo general, después que los vien-

tos disminuyen visiblemente, las olas siguen rolando por algún tiempo, elevándose y desplomándose como si no quisiesen seguir el ejemplo de las ya dominadas corrientes de aire que hay sobre ellas. Pero en este caso los vientos y las olas se sincronizan en la sublime sinfonía de un silencio solemne. Sobre las aguas se posa algo comparable a la calma de un anochecer bajo un cielo estrellado. Repentinamente, la superficie del mar se tornó lisa como un espejo.

7. Un cariñoso reproche

—*¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?*

Antes de proseguir con la explicación de este versículo, debemos señalar que a veces se tiene que comentar no sólo lo que la Escritura dice, sino también lo que omite. Hay que inferir que los discípulos habían acusado al Maestro de ser indiferente y de mostrar un corazón incomprensivo, de no preocuparse por ellos. ¿No es maravilloso y muy consolador percatarse del hecho de que Jesús nunca les reprendió por esas palabras desagradables y desconsideradas: “¿No te importa que perecemos”? Este es el mismo Señor que más adelante iba a dar respuesta a las ruines negaciones de Pedro, acompañadas de maldiciones. Su respuesta, sin embargo, no sería una punzante reprensión sino una mirada llena de dolor, pero al mismo tiempo llena de amor; y posteriormente (después de la resurrección) un interrogatorio penetrante, escudriñador, pero lleno de bondad: “Simón, (hijo) de Juan, ¿me amas más que éstos?... ¿me amas?... ¿me tienes afecto?”

Lucas deja bien claro que los discípulos estaban atemorizados no sólo antes, sino también después del milagro. Se habían asustado por la tormenta. Pero luego se llenaron de temor por la presencia de Aquel que de forma tan repentina, completa y dramática había calmado la tempestad. De modo que Jesús les pregunta, “¿Por qué tenéis—no por qué teníais—miedo?” Como si dijese, ¿no os ha enseñado este apaciguamiento de la tempestad y las olas, en respuesta a vuestros histéricos clamores, que este Maestro vuestro no sólo es muy poderoso sino también muy amoroso? Por tanto, ¿no deberíais responder con plena confianza, como la de un niño?

Lo que Jesús literalmente dijo fue, “Aún no tenéis fe?. Eran “hombres de poca fe”, es decir, hombres demasiado tímidos como para descansar en el consuelo y la confianza que debieron haber obtenido de la presencia, promesas, poder y amor de su Maestro; eran demasiado vacilantes para percibir que el amoroso cuidado del Padre les era otorgado por medio del Hijo.

Algunos afirman que Marcos y Lucas nos han dado el verdadero orden de los acontecimientos, pero no así Mateo. No vemos ninguna razón para aceptar dicha opinión. Ni Marcos ni Lucas estaban presentes durante la tormenta, pero Mateo sí estaba. Además, ¿no es

natural suponer que aquella falta de fe fue para Jesús un asunto tan importante, que consideró necesario referirse a ella antes y después de realizar el milagro? ¿Y no es también verdad que los discípulos fueron embargados por el temor dos veces; primero a causa de la tempestad, y segundo a causa de la presencia de Aquel que calmó la tempestad?

8. Un profundo efecto

Entonces sintieron un gran temor, y se decían el uno al otro:

—¿Quién es este, que aun el viento y el mar lo obedecen?,

A causa de todo lo que Jesús había revelado con relación a sí mismo, pero probablemente más a causa del poder que había manifestado, aquellos hombres “temieron (con) gran temor”, dice Marcos literalmente. El “espanto” que aquí se menciona era una combinación de temor y reverencia. Mateo dice que los hombres “se maravillaron” (o: asombraron)”. Lucas habla de temor y asombro. Los discípulos comienzan a darse cuenta: la grandeza de Jesús es mucho más sublime de lo que se habían imaginado. No sólo ejerce control sobre las multitudes que le escuchan, las enfermedades, los demonios, sino incluso también sobre los vientos y las olas: y se decían [o: comenzaban a decirse] el uno al otro, ¿quién es éste, entonces, que hasta el viento y el mar le obedecen?

Gran parte del mal que existe en el mundo se puede corregir. Hay madres que enjugan las lágrimas, técnicos que arreglan máquinas, cirujanos que eliminan tejidos enfermos, consejeros que solucionan problemas familiares, etc. ¿Y en cuanto a modificar el clima? Por supuesto que se habla mucho de eso, pero para actuar sobre el clima es necesario el poder divino. Es Jesús quien manda sobre los elementos del clima, logrando que incluso el viento y el mar le obedezcan.

Nos parece que, por el momento al menos, los discípulos se hallaban profundamente impresionados por el poder, majestad y gloria de su Maestro. “¿Quién es éste entonces?” se preguntaban. Según las expresiones de Mateo el significado sería: “¿Qué clase de persona es ésta?” o “¿Qué hombre es éste?”

La respuesta a esta pregunta no se nos da aquí. La narración termina de forma muy apropiada, fijando la atención sobre la persona de Jesucristo, de modo que todo aquel que la lea puede dar su propia respuesta, pueda profesar su propia fe y agregar su propia doxología.

9. En resumen

El lago de Galilea era famoso por sus tempestades. Se producían inesperadamente y tan de pronto que sorprendían y aterraban. Un escritor las describe de la siguiente manera: «No es raro ver aparecer terribles tempestades, hasta cuando el cielo está perfectamente despejado, sobre estas aguas que están ordinariamente tranquilas. Los numerosos arroyos que desem-

bocan por la parte superior del lago, por el Nordeste y el Este, actúan como peligrosos desfiladeros por los que se lanzan los vientos de las alturas de Haurán, la meseta de Traconítide y la cima del monte Hermón y se encauzan y comprimen de tal manera que, precipitándose con una fuerza tremenda por un espacio estrecho y luego soltándose de pronto, agitan el pequeño lago de Genesaret de una manera aterradora.»

Uno que fuera cruzando el lago siempre estaba expuesto a encontrarse con una de estas tempestades repentinas. Jesús iba en la barca en la posición que se le permitiría a cualquier huésped distinguido. Se nos dice que « en estos barquitos, el lugar para cualquier extranjero distinguido es un pequeño asiento colocado en la popa, donde suele haber una esterilla y un cojín. El timonel suele ir de pie un poco más adelante en la cubierta, aunque cerca de la popa, para tener una visión clara hacia adelante.

Es interesante notar que las palabras que Jesús le dirigió al viento y a las olas son exactamente las mismas que le dijo al hombre poseído por un demonio que se relata en el evangelio de Marcos capítulo 1, versículo 25. Lo mismo que un malvado demonio poseía a aquel hombre, así el poder destructor de la tormenta era, así lo creían en Palestina en aquellos días, el poder malvado de los demonios actuando en el reino de la naturaleza.

No le daríamos justicia a esta historia si la tomáramos sólo en un sentido literal. Si no describe más que un milagro físico en el que Jesús calmó una tempestad, es muy maravillosa, y es algo que nos produce admiración, pero que solamente sucedió una vez y no se repetirá nunca. En tal caso es algo totalmente externo a nosotros. Pero si la leemos también en un sentido simbólico es de mucho más valor. Cuando los discípulos se dieron cuenta de que la presencia de Jesús estaba con ellos, la tempestad se convirtió en calma. Una vez que se dieron cuenta de que Él estaba allí, una paz intrépida vino a sus corazones. Viajar con Jesús era viajar en paz aun en medio de la tormenta. Ahora bien: eso es universalmente cierto. No es algo que sucedió una vez y no más; es algo que sigue sucediendo y que nos puede suceder a nosotros también. En la presencia de Jesús podemos tener paz aun en medio de las más violentas tempestades de la vida. Veamos:

- i. Jesús nos da la paz en la tormenta del duelo. Cuando nos viene una pérdida como es inevitable, Jesús nos habla de la gloria de la vida por venir. Él cambia la oscuridad de la muerte en la luminosidad del pensamiento de la vida eterna. El nos habla del amor de Dios. Hay una antigua historia de un jardinero que tenía en su jardín una flor favorita que quería mucho. Cierta día llegó al jardín y se encontró con que aquella flor no estaba. Se entristeció y enfadó mucho y se puso a proferir quejas. En medio de su resentimiento se encontró con el dueño del jardín, al que comunicó sus quejas también. ¡Cállate! le dijo el dueño. La he recogido yo para mí. En la tormenta del duelo, Jesús nos dice que los que amamos han ido para estar con Dios y nos da la seguridad de que nos reuniremos otra vez con los que hemos amado y perdido por un tiempo.

- ii. Jesús nos da la paz cuando los problemas de la vida nos envuelven en una tempestad de duda y tensión e incertidumbre. Hay momentos en los que no sabemos qué hacer; cuando nos encontramos en alguna de las encrucijadas de la vida y no sabemos qué camino seguir. Entonces nos volvemos a Jesús y Le decimos: “Señor, ¿qué quieres que haga?”. Lo trágico no es no saber qué hacer, sino que a menudo no nos sometemos humildemente a la dirección de Jesús. El buscar Su voluntad y someternos a ella es el camino a la paz en tales momentos.
- iii. Jesús nos da la paz en las tormentas de la ansiedad. El principal enemigo de la paz es la preocupación, por nosotros, acerca del futuro desconocido y por los que amamos. Pero Jesús nos habla de un Padre cuya mano no causará nunca a Sus hijos una lágrima innecesaria y de un amor más allá del cual ni nosotros, ni los que amamos, podemos ser arrasados nunca. En la tormenta de la ansiedad Jesús nos trae la paz del amor de Dios.

10. En conclusión

La Biblia no dice que el creyente está exento de problemas y dificultades. Todo lo contrario, Jesús nos indicó que en el mundo tendremos aflicción. El tema aquí es cómo abordamos esa aflicción, solos o con Jesús. Ese día en el lago de Galilea una barca tenía a Jesús en la popa, las otras no. La Biblia no nos dice qué les pasó a las otras barcas pero sí nos dice que le pasó a la barca de los discípulos. Esta se salvó.

La enseñanza aquí es la siguiente: Si Jesús está en nuestra barca no hay que temer a las tormentas. El tema es que siempre habrá tormentas, sin embargo Él proveerá calma y paz dándonos las herramientas, a través de Su Espíritu, que requerimos para sobrellevar tales tormentas, a saber: Fuerza, Fe, Paz y Sabiduría.

Entonces, si Jesús está en nuestra barca... ¿porqué temer?